

EL VITOR

entre la devoción y el fanatismo



A CABALLO, EN UNA NOCHE DE LOCURA

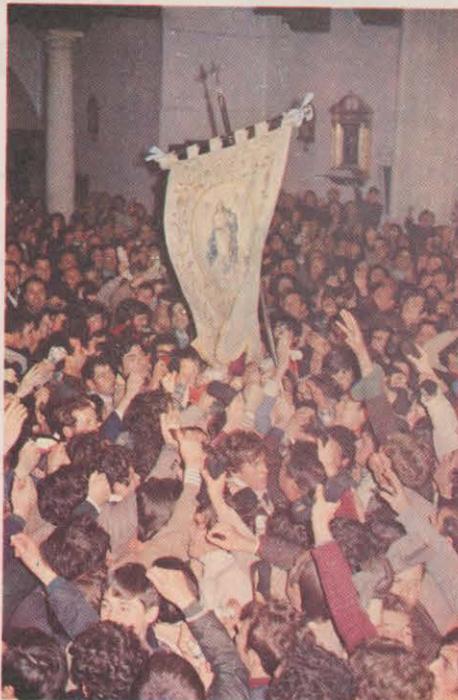
Estas tierras nuestras suelen provocar radicalismos que, a veces, confunden: teólogos y santos, señores de la guerra y de las letras, comparten la historia con curanderos y brujos, endemoniados e iluminados, menestrales y godeños con librea; corren leyendas sobre Santiago fundando iglesias, y San Paulino dejando en Cuenca las primeras campanas que tañeron en Iberia; certezas sobre el anti-papa Luna, que llevó con desasosiego su dignidad de Arceidiano en el clero conuense; "maravillas" pergeñadas en Torralba por don Enrique "El Nigromante"; éxtasis de la Beata de Villar del Aguila, alardes de Alonso de Céspedes, peregrinaciones a la capitalidad del espiritismo que, dicen, quedó ubicada en Villar del Humo; y quedan los progresismos de los Valdés o Luis de Molina. Dejó la historia aquí un cierto sabor a tierra fronteriza, cimarrona y contenida, como de tragedias calladas.

¡Vitor... Vitor... Vitor...!

Cuando amanece diciembre, Horcajo de Santiago se convierte en grito colectivo: parece vaciarse el alma popular al conjunto de la Inmaculada. Apenas caída la tarde del día 7, después del último sermón, que como un badajazo sacudió el ya hirviente entusiasmo, asomó por la puerta de la sacristía, en el mismo presbiterio, el Estandarte de la Inmaculada (La Insignia, dicen algunos). La aparición desbocó las devociones contenidas durante un año: ¡¡Vitor la Purísima Concepción de María Santísima Concebida sin mancha de pecado!... ¡Vitor... Vitor... Vitor...! El pueblo entero se abalanza contra el Estandarte, los brazos se extienden rítmicamente sobre la masa humana, sin reposo en el decir, escoltando la cadencia de la frase. Se apagan las velas, tiemblan los candelabros, vibra la vieja mampostería de la Iglesia, mientras el Padre Capuchino Guillermo de Pablos, intenta llegar a la puerta del templo,

en cuyo atrio esperan tres hombres a caballo. Pero es inútil: una y otra vez el pueblo lo impide extendiendo sus brazos y repitiendo sin descanso el Vitor.

Al cabo de dos horas incansables, el Padre Capuchino, estuvo a punto de alcanzar la sa-



LOS BRAZOS SE LEVANTAN INCANSABLES ANTE EL ESTANDARTE

lida, y otra reacción lo llevó al centro de la nave, despojada de bancos, mientras algunos intentan ayudarlo a recobrar el terreno perdido. Tres horas después de su aparición en

el presbiterio, alcanzó el atrio y el Caballero principal recibió el Estandarte.

La noche del Vitor

Las noches de diciembre, en La Mancha, son frías, pero la Cabalgada, recorriendo las calles de Horcajo, camino de las cuatro ermitas, no pierde su ardor. A los gritos de quienes acompañan a los Caballeros de la Inmaculada se une, desde cualquier ventana, el Vitor de otras gentes, generalmente mujeres, no muy aptas para participar en el éxtasis colectivo.

Sobre las cinco de la mañana se consigue llegar a la Ermita de San Sebastián, dos horas después a la de Santa Ana, cerca de las diez de la mañana se alcanza el atrio de la Ermita del Carmen y una hora más tarde la de Nuestra Señora del Rosario. El Estandarte entra en cada templo y los caballeros aprovechan para desmontar unos momentos. El Vitor sigue, incansable, sacudiendo la fría llanura, donde se derrocha anís y rosquillos caseros entre recuerdos de leyendas y hechos, como la maldición que recayó sobre quien destruyó el primer Estandarte, o el fracaso de un Vitor, intruso, que quiso celebrarse en el pueblo vecino. Mientras tanto los caballeros cubren un incansable periplo sin dejar una calle, hasta llegar, nuevamente, a la Iglesia de la Inmaculada cuando ha pasado el medio día del 8 de diciembre, perseguidos por el Vitor incansable que, sin embargo, ha tomado ya cierto "toniquete" en la expresión colectiva. Luego vendría la procesión de la Inmaculada.

Es arriesgado aventurar hipótesis sobre una tradición ancestral.